

PABLO LAMARTHÉE ESTRADA, SJ\*

## **LOS TRES GRADOS DE LA VIDA ESPIRITUAL Y EL CONOCIMIENTO INTERNO DE LOS EJERCICIOS IGNACIANOS**

Fecha de recepción: septiembre de 2015

Fecha de aceptación y versión final: noviembre de 2015

**RESUMEN:** Este artículo muestra cómo la dinámica del Conocimiento interno de los *Ejercicios Espirituales*, que recorre casi el total de las cuatro semanas del proceso espiritual propuesto por Ignacio de Loyola, se corresponde con las tres vías de la espiritualidad clásica. Así es como se vincula el conocimiento interno del pecado [63] con la vía purgativa, el conocimiento interno del Señor [104] con la vía iluminativa, y el conocimiento interno de los bienes recibidos [233] con la vía unitiva. Esta lectura de los *Ejercicios* permite acercarnos, no sólo a una forma particular ignaciana de conocerse uno mismo, a Dios y al mundo, sino que también ofrece la posibilidad de comprenderlo en forma procesual, con fases claras y relativamente ordenadas. La relación señalada, entre el conocimiento interno de los *Ejercicios* y el esquema viario tradicional de la espiritualidad, nos permitirá, a su vez, ver algunos acentos distintivos, propio de lo ignaciano, ofreciendo así novedad al esquema tradicional.

**PALABRAS CLAVE:** ejercicios espirituales; crecimiento espiritual; proceso espiritual; conocimiento interno; unión con Dios.

---

\* Doctorando en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid; plamarthee@hotmail.com.

***The classical three ways of the spiritual life and the interior knowledge of the ignatians Exercises***

**ABSTRACT:** This article explains how the dynamic of Interior knowledge within the *Spiritual Exercises* that is present during the four weeks of the spiritual process as envisioned by Ignatius corresponds to the classical three ways of spirituality. Thus internal knowledge of sins [63] is linked with the *purgative way*, inner knowledge of the Lord [104] with the *illuminative way* and interior knowledge of all good received [233] with the *unitive way*. Such a reading of the Exercises helps us to approach it not only as an Ignatian means of knowing oneself, God and the world, but opens us to the possibility of understanding it as a process with clear and well-organized steps. This bond between Interior knowledge of the Exercises and the traditional three ways will in turn allow us to highlight new aspects of the classical scheme from an Ignatian perspective.

**KEY WORDS:** Spiritual exercises; spiritual growth; spiritual process; interior knowledge; union with God.

El proceso de crecimiento espiritual que realizamos dentro de la vida cristiana ha sido un tema recurrente en la historia de la espiritualidad. Siempre ha interesado, y sigue aún interesando, no solo a la reflexión académica sino también en el ámbito de la práctica pastoral. Por eso nos preguntaremos acerca de las principales líneas de fuerza de los procesos religiosos de las personas: ¿Cuáles son los grandes pasos que una persona debería transitar para alcanzar la madurez cristiana? Nos abocaremos entonces a profundizar y reflexionar sobre estos estadios de maduración espiritual, y lo haremos desde una perspectiva ignaciana.

San Ignacio lo tenía presente; probablemente por eso en su anotación [10], expresa la manera en que las cuatro semanas de los *Ejercicios* se vinculan con las tres vías del crecimiento espiritual que la tradición ya concebía<sup>1</sup>. Estudiaremos esta vinculación, que seguramente nos trae-

---

<sup>1</sup> Son muchos los autores que explican estos pasos de crecimiento espiritual. Saturnino Gamarra nos expone algunas de estas grandes expresiones existentes en la Iglesia: «Los primeros intentos de distinguir diversas etapas en el camino de la perfección se encuentran ya en Clemente de Alejandría, quien presenta la vida espiritual como subida hacia la «gnosis», al conocimiento perfecto de Dios, que comporta también la experiencia mística de la contemplación. Esta gnosis está unida a la «observancia de los mandamientos», al amor y a la «apathía» o dominio de las tendencias desordenadas. En la misma línea de «gnosis» se encuentra el planteamiento de perfección que presenta Orígenes. San Agustín, que coloca el amor como centro de la vida espiritual, pone el progreso de la perfección en el progreso de

rá luz a la hora de comprender la dinámica procesual existente en los Ejercicios. Pero será a la luz de un concepto ignaciano llamado «conocimiento interno» como valoraremos las vinculaciones que puedan existir entre ambos planteamientos: el de las tres vías y el de los *Ejercicios Espirituales*.

Pseudo Dionisio Areopagita fue el primero en introducir en la Iglesia aquel esquema neoplatónico de los grados en ascenso hacia Dios<sup>2</sup>. Así fue como dividió en tres vías los procesos espirituales: vía purgativa, iluminativa y unitiva. De esta manera la filosofía de Plotino ha sido la que ha estado detrás de esa interpretación un tanto especulativa de la mística cristiana<sup>3</sup>. El planteamiento plotiniano es un proceso más bien de huida y ascenso místico, y termina siendo un crecimiento intelectual, especulativo e individual del espíritu humano; sin embargo, ha dejado

---

la caridad, que puede ser «incipiente, progresiva, grande y perfecta», o bien «nacida, alimentada, robustecida y perfecta». El Pseudo-Dionisio Areopagita (ss. V-VI), muy influenciado por Evagrio Póntico, plantea el camino ascensional hacia Dios en tres estadios: *purgativo*, *iluminativo* y *unitivo*, orientados a la experiencia mística. El primero se caracteriza por la purificación y la lucha contra el pecado, el segundo por la práctica de la virtud y el tercero por la unión con Dios o mística. Esta división de las «tres vías» ha estado muy presente en los tratados de espiritualidad hasta nuestros días. Santo Tomás nos ofrece otra clasificación centrada en la caridad, y distingue a los cristianos en *incipientes*, *proficientes* y *perfectos*. Se ha intentado fusionar el esquema del Pseudo-Dionisio y el de santo Tomás y han caminado juntos durante siglos, pero no son coincidentes, porque la división del Areopagita se refiere a la vida mística, y la de santo Tomás al desarrollo de la caridad. Santa Teresa de Ávila describe el proceso de la perfección con una travesía de siete moradas, que constituyen otros tantos estadios de oración hasta la unión con Dios. La oración es un tema clave de sus obras. San Juan de la Cruz presenta a los cristianos la meta de la unión con Dios, que consiste en una invasión por parte de Dios llegando a la transformación en Dios o matrimonio espiritual; para lo cual se exige una doble purificación de todas las facultades, activa y pasiva, por medio de las Noches». S. GAMARRA, *Teología espiritual*, BAC, Madrid 2000, 251-252.

<sup>2</sup> Cf. T.H. MARTÍN (ed.), *Obras completas del Pseudo Dionisio Areopagita*, BAC, Madrid 1990; J. IGAL, *Plotino, Enéadas I-II y III-IV (2 vols.)*, Madrid 1982-1985.

<sup>3</sup> Ante esta influencia neoplatónica Santiago Arzubialde reacciona con algunas aclaraciones: «Opino que debemos poner algunos reparos cristológicos a la utilización de la teoría plotiniana para definir la perfección cristiana o para jalonar las etapas de la vida espiritual. Y simultáneamente nos conviene abandonar toda filosofía, de donde quiera que provenga, para volver a la contemplación de la vida histórica de Jesús, guiados por la exégesis evangélica». S. ARZUBIALDE, *Theologia Spiritualis. El camino espiritual del seguimiento a Jesús*, UPCM, Madrid 1989, 240.

huella en todo el posterior desarrollo de las tres vías clásicas de la espiritualidad cristiana, llegando incluso a ser dentro de la Iglesia «la versión oficial del camino hacia la perfección cristiana»<sup>4</sup>.

Las tres etapas de la vida interior han marcado los intentos de explicación del crecimiento espiritual. Comenzando por la vía purgativa, siguiendo por la vía iluminativa y finalizando con la vía unitiva, el sujeto espiritual muestra un recorrido interior de acercamiento a uno mismo, conocimiento del Señor y unión transformante en Dios. Dado que el conocimiento interno en los *Ejercicios Espirituales* también transita un similar recorrido, nos adentraremos en estas tres vías para conocerlas y ver sus posibles correspondencias. Consideramos de gran utilidad, y por cierto, de gran interés, saber cómo los *Ejercicios* ignacianos, a través del conocimiento interno, se insertan en esta clásica tradición espiritual de las tres vías.

Ignacio, como lo veremos más adelante, dará un giro muy significativo a este esquema viario, ya que el proceso espiritual que él nos plantea se caracteriza por no apartarse nunca del conocimiento de la divina-humanidad de Jesús; por ser muy dinámico y estar en constante movimiento; pero, sobre todo, por descender al mundo, a la realidad concreta, sin huir de ella, sin mostrar demasiadas elevaciones, siguiendo la voluntad del Padre a través de una elección particular. Allí es donde encontraremos la última etapa de unión con Dios, en el servicio entregado, humilde y concreto al mundo.

El planteamiento clásico de las tres vías<sup>5</sup>, comienza con los principiantes, donde las mortificaciones interiores y exteriores les hacen evitar los pecados, los purifican y ordenan, incluso con dolor. La oración vocal y la meditación discursiva son las que predominan, tendiendo poco a poco a llevar una oración afectiva más simplificada. La docilidad al Espíritu todavía es débil, el alma tiene más confianza en su propia actividad y por lo tanto deberá reconocer progresivamente su propia pobreza.

<sup>4</sup> *Ibid.*, 241.

<sup>5</sup> Cf. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Las tres edades de la vida interior*, Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1944; K. RAHNER, *Sobre el problema del camino gradual hacia la perfección cristiana*: Estudios de Teología III, Taurus, Madrid 1961, 13-33; P. EVDOKIMOV, *Les âges de la vie spirituelle. Des Pères du désert à nos jours*, Desclée de Brouwer, Paris 1964; A. SOLIGNAC, *Voies*: Dictionnaire de Spiritualité XVI, Beauchesne, Paris (1994) 1200-1215.

Los avanzados o proficientes comienzan a manifestar los dones del Espíritu Santo, el alma se encuentra más dócil y aprovecha mejor las inspiraciones e ilustraciones interiores. Se dejan iluminar por Dios. Comienza de ordinario la oración contemplativa, con mayor recogimiento, con mayor quietud. La intimidad con uno mismo se convierte en conversación con Dios.

Los perfectos, con mayor grado de caridad, manifiestan gran mansedumbre y profunda humildad. Su elevado espíritu de fe les inclina a ver todas las cosas desde Dios, se lanzan a grandes empresas, a pesar de los obstáculos y fracasos, y se abandonan en la voluntad de Dios. La inteligencia y la sabiduría se muestran con mayor frecuencia, y el alma está movida a mayor perfección en la práctica de las virtudes.

Dediquémonos, ahora sí, a estudiar la manera en que estas tres vías clásicas de la espiritualidad cristiana están presentes en los *Ejercicios* a través del conocimiento interno. Veremos la manera en que el conocimiento de uno mismo, de Cristo y del mundo (lugar habitual de nuestro encuentro con Dios), serán sin duda los pasos para alcanzar el crecimiento espiritual. Un proceso que lleva al pleno ejercicio de la libertad interior para poder amar más y servir mejor.

## 1. LAS TRES VÍAS Y LOS *EJERCICIOS ESPIRITUALES*

Como el propio Ignacio lo expresó y los estudiosos de los *Ejercicios* están de acuerdo, la primera semana de *Ejercicios* corresponde con la vía purgativa y la segunda semana corresponde con la vía iluminativa. «Porque comúnmente el enemigo de natura humana tienta más debajo de especie de bien, quando la persona se exercita en la vida illuminativa, que corresponde a los exercicios de la 2<sup>a</sup> semana, y no tanto en la vida purgativa, que corresponde a los exercicios de la 1<sup>a</sup> semana» [10]<sup>6</sup>.

La problemática surge al no encontrar en el libro de los *Ejercicios* a qué etapa de los mismos corresponde la vía unitiva y al no haber tampoco una opinión consensuada entre los especialistas sobre dicha vía unitiva. ¿A qué parte de los *Ejercicios* corresponderá la vía unitiva? El hecho de que Ignacio no lo mencione, podría estar hablando de que no exista una estrecha correspondencia entre la triple división de las vías y

---

<sup>6</sup> Nótese que Ignacio habla de vida purgativa y de vida iluminativa, y no de vías.

las cuatro semanas. Las opiniones son variadas y los estudiosos del tema no están totalmente de acuerdo.

Algunos autores se apoyan en los *Directorios*<sup>7</sup> antiguos, ya que muchos de estos encuadran muy bien los Ejercicios dentro de la doctrina de las tres vías. El P. La Palma, en su *Camino Espiritual*<sup>8</sup>, será más tarde, uno de los principales expositores dentro de esta tendencia. Así, por ejemplo, fue como expresó el *Directorio Oficial*<sup>9</sup> las razones para poder afirmar la correspondencia entre las tres vías y las cuatro semanas de los Ejercicios:

Esta es, pues, la doble razón por la que se dice que estas cuatro semanas responden a las tres vías: Primero por razón de las materias, que en cada una de ellas se tratan, pertenecientes a estas vías; y porque en ellas se ponen los principios de cada una que conviene continuar después con tiempo y con aplicación, si queremos llegar a alguna perfección de ellas. Además también, porque se aprende el modo y método que debemos después guardar para seguir cada una de estas vías<sup>10</sup>.

A otros especialistas sobre el tema, les «parece que se trata de dos esquemas y de dos místicas complementarias que no hay por qué tratar de forzar»<sup>11</sup>. De esta manera los Ejercicios caminarían por otra senda y no vale la pena exigirle su correlación. Para otros, la semejanza es bastante lógica, pero igualmente no deja de ofrecer algunas dificultades,

---

<sup>7</sup> Se llaman *Directorios* los comentarios e instrucciones sobre el modo concreto de dar Ejercicios Espirituales que Ignacio y sus primeros colaboradores realizaron hasta finales del siglo XVI. Miguel Lop los define como «conjuntos de normas teóricas sobre el arte de la dirección». M. LOP, *Directorios: Diccionario de Espiritualidad Ignaciana I*, Mensajero-Sal Terrae (2007) 603. Cf. M. LOP, *Los directorios de Ejercicios 1540-1599, Traducción, notas y estudio*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2000.

<sup>8</sup> «De todo lo cual se colige que la división de las tres vías que corresponden a los tres estados de incipientes, proficientes y perfectos, es la misma que la de las cuatro semanas, aunque los nombres sean diferentes». L. DE LA PALMA, *Camino Espiritual*, L.1, c XIV n° 4, 462.

<sup>9</sup> El *Directorio oficial* apareció en 1599 cuando el Padre Aquaviva era General de la Compañía de Jesús. Para Miguel Lop es el más completo y perfecto de todos los directorios, en general sigue fiel el pensamiento de Ignacio aunque lamenta algunas lagunas debidas a las prevenciones del contexto eclesial hacia todo lo que pudiera parecer «iluminismo». Dicho directorio se confeccionó sintetizando todos los escritos del género que se encontraban en los archivos romanos. Cf. M. LOP, *Directorios...*, a.c.

<sup>10</sup> D 33.34.43, 276.

<sup>11</sup> S. ARZUBIALDE, *Ejercicios Espirituales...*, o.c., 484.

insistiendo bastante en la insuficiencia e inadecuación: «A propósito de la Anotación décima se impone la observación preliminar de que en ella, la coincidencia de las cuatro Semanas con las tres Vías es muy somera; no es el objeto principal de la anotación, sino que aparece al final, como incidentalmente, en forma de consejo que da Ignacio sólo a los directores de *Ejercicios*, es decir, a sus discípulos»<sup>12</sup>.

Sin entrar en detalles sobre la discusión que se ha creado durante la historia de los *Ejercicios* acerca de su correspondencia o no con las tres vías clásicas de la espiritualidad, sí queda bastante claro que los *Ejercicios* ofrecen un cambio de perspectiva respecto de la tradición espiritual precedente, y enriquecen el tema. Uno de estos cambios estaría dado por la transformación del carácter ascensional que las tres vías clásicas presentan, dado que, como lo sostienen muchos autores, la elección en los *Ejercicios* sería la que pueda estar dando inicio a la vida unitiva<sup>13</sup>.

Para nosotros, esta elección<sup>14</sup> será también entendida como la gran facilitadora de la unión de voluntades, es decir, la del ejercitante con la de Dios. La donación de sí, que se produce con la puesta en práctica de la elección tomada en *Ejercicios*, será la que nos haga participar de la vida divina; y por lo tanto, manifestaría la unión con Dios: «La unión con Dios se realiza a través de la unión con su voluntad»<sup>15</sup>.

---

<sup>12</sup> G. FESSARD, *La Dialéctica de los Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2010, 34.

<sup>13</sup> «La división de las tres Vías, por muy tradicional que sea, pertenece a otra época de la reflexión espiritual distinta de la época de Ignacio. Antes de buscar las bases de una correspondencia cierta, primero hay que descubrir la ley que ha regido la génesis íntima de los *Ejercicios*. Ésta sólo se descubre si se hace de la elección el alma misma de esta génesis y se demuestra que todo lo demás, materia y fin de cada división, está articulada orgánicamente en torno a ella». G. FESSARD, *La Dialéctica...*, o.c., 41.

<sup>14</sup> Todo proceso de *Ejercicios* coloca al ejercitante frente a una elección, «buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de la propia vida...» [*Ej* 1]. En los *Ejercicios* existe, de esta manera, un momento privilegiado y decisivo para descubrir la voluntad de Dios, este momento es lo que llamamos elección. Al mismo tiempo que el ejercitante comienza a considerar y discernir su futura elección, se dedica también a contemplar los misterios de la vida de Jesucristo con la intención de conformar su existencia a Él en pobreza y en humildad, no buscando otra cosa que el querer divino. Cf. A. SAMPAIO COSTA, *Elección: Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander (2007) 726-733.

<sup>15</sup> J. MELLONI, *La Mistagogía de los Ejercicios*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2001, 274.

Lo que nos parece ser la aportación de San Ignacio es la convicción de que es posible la unión con Dios en esta vida, y que tal unión se alcanza por medio de la elección. Así comprendida, la elección no es un mero acto ético, sino místico, de ofrenda, de vaciamiento (kénosis) para ser configurados en Cristo por el Espíritu (théosis) en un lugar preciso de la historia, a través de un modo concreto de servicio. Este modo concreto de servicio y de misión lo comprenderemos como un progresivo descubrimiento de la vocación personal, centro de gravitación de cada persona por el cual se va unificando en Dios a través de su servicio al mundo<sup>16</sup>.

Así es cómo lo que la espiritualidad clásica consideraba como elevación en la oración, principal nota de la vía unitiva, ahora con los Ejercicios es considerado también como un descendimiento para una más perfecta encarnación. Participar del ser de Dios es participar de su despojo, de su descenso, de su encarnación, lo que habla más bien de un vaciamiento, un abajamiento y no tanto de una perfecta elevación. Ignacio se aleja de esa mística idealista y trascendental que nos eleva y aleja de este mundo; su espiritualidad destaca por el retorno a la realidad concreta a través de la libertad ejercida en la elección y el servicio a la historia realizado por medio de la misión<sup>17</sup>.

La historia es el lugar de la donación y del encuentro con Dios. El movimiento ascendente de las tres vías se ha transformado en un movimiento descendente hacia el corazón del mundo. La vida unitiva es participación en el movimiento kenótico del Hijo, que comienza con

---

<sup>16</sup> J. MELLONI, *La Mistagogía...*, o.c., 25.

<sup>17</sup> «El problema, puede parecer a primera vista superficial, pero afecta, no obstante, al trasfondo teológico en que s. Ignacio se halla ubicado con respecto a la tradición, y en este sentido no deja de tener su importancia. Porque el horizonte espiritual de s. Ignacio no se basa en esquema filosófico alguno, sino en la concepción agustiniana de la libertad y en la cristología del descenso y exaltación, en continuidad con el sentir de la Escritura. En modo alguno su visión de la configuración con Cristo, así como su concepción del acto de libertad, se hallan emparentadas con la corriente filosófica plotiniana de la mística especulativa de la «huida y ascenso» hacia la visión. Antes bien, se fundan en la libertad movida por el amor y en la mística del mayor servicio a su divina Majestad por la encarnación («descenso») hacia las estructuras de este mundo; en la «historización» que se deriva de ser alcanzado por el misterio histórico de Jesús, en donde el mismo Dios ha de llevar a cabo la salvación, sirviéndose para ello de la convocatoria universal y el llamamiento personal a unos hombres que habrán de compartir en todo la vida con él y como él [95]». S. ARZUBIALDE, *Ejercicios espirituales...*, o.c., 482.



la Encarnación, se prolonga a lo largo de toda su vida, manifestándose como Señor pobre y humilde, y culmina con la Pascua, en la que muerte y resurrección se manifiestan inseparables<sup>18</sup>.

La elección de los Ejercicios conlleva donación y ofrecimiento de sí, lo que nos hace unirnos a esa dinámica encarnatoria de Dios. El mismo movimiento de abajamiento que conlleva la elección, sería paradójicamente, la forma de elevarnos y participar de Dios. Elegir la voluntad de Dios exige descentramiento y disponibilidad, perdiéndonos a nosotros mismos es como nos encontramos en Él (Fil 3, 8-9). La unión mística, en la Espiritualidad ignaciana, estaría dada por la participación con Dios a través de la elección. Esta unión produce un estado interior de consolación espiritual que a su vez es confirmatorio de dicha acción.

El cambio de perspectiva de Ignacio con respecto al planteo tradicional de las tres vías viene dado también porque la unión de voluntades siempre está en movimiento, por lo cual no expresaría ese descansado recogimiento y esa detención tan propia de la vía unitiva clásica. Los Ejercicios tratan de adaptarse al movimiento y a la dinámica del Espíritu, que nunca reposa, sino que supone una búsqueda y un discernimiento constante en el ejercitante. Lo que era entendido como reposo, ahora se interpretaría como acción dentro del mundo y donación a través del ágil, renovado y constante acto de la elección<sup>19</sup>.

El discernimiento ignaciano será la gran herramienta espiritual que ayudará a conocer qué es lo que hay que cambiar, convertir o sustituir, supone libertad interior para mover y ordenar cosas de la propia vida. Exige apertura, vigilancia y maleabilidad interior; también supone adaptabilidad a lo que las nuevas mociones interiores vayan mostrando. Por eso la unión con Dios no puede quedarse en el absoluto reposo ni en un estado estático, exige siempre movimiento.

Centraremos nuestra atención ahora, en el estudio de las tres vías de la espiritualidad y su correspondencia con los *Ejercicios* ignacianos, pero, más precisamente, su relación con el conocimiento interno en el proceso de los Ejercicios.

<sup>18</sup> J. MELLONI, *La Mistagogía...*, o.c., 276.

<sup>19</sup> Sabemos que Ignacio sostiene que, cuando elegimos el estado de vida, no tenemos que elegir más «porque no se puede desatar» [172], pero sin embargo este estado requiere un constante reordenamiento, una permanente búsqueda de caminos para su mejor realización. Es lo que él mismo llama «enmendar y reformar la propia vida y estado» [189].

## 2. TRES VÍAS Y EL TRÍPTICO DEL CONOCIMIENTO INTERNO

El conocimiento interno es un concepto ignaciano que toca toda la dinámica estructural e interna de los *Ejercicios Espirituales* y describe todo el camino de interiorización de los ejercitantes. Es la manera que Ignacio tiene para acceder o acercarse a uno mismo, a lo divino y al mundo. Compromete todas las capacidades cognoscitivas del sujeto: la memoria, el entendimiento y la lucidez mental; pero también involucra a las funciones volitivas y sensitivas (sentir, querer, desear, gustar), así como las imaginativas (ver, oír, mirar, escuchar, tocar). Es inseparable de la experiencia de contemplación; en una palabra, tiene mucho que ver con la aplicación de sentidos de la imaginación en la que la vida de Jesús penetra en el ejercitante a través de ellos<sup>20</sup>.

El ejercitante comienza a internalizar los conocimientos sobre sí mismo, sobre Jesús y sobre la realidad que lo circunda a través de este proceso cognitivo, pedagógico y espiritual del conocimiento interno. Así es como en los Ejercicios, y siempre ayudados por la gracia, se podrá encontrar la transformación interior y alcanzar lo dicho por San Pablo a los Colosenses: «alcancen en toda su riqueza la plena inteligencia y perfecto conocimiento del Misterio de Dios, en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col 2, 2-3).

---

<sup>20</sup> Cf. A. CHÉRCOLES, *Conocimiento interno*: Diccionario de Espiritualidad Ignaciana I, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander (2007) 400-408; J. A. D'MELLO, *Interior Knowledge: A Key Term in the Spiritual Exercises*: Ignis 37 (2007) 4-26; A. CHÉRCOLES, *El conocimiento interno en el proceso de los Ejercicios*: Manresa 71 (1999) 19-29; R. GARCÍA MATEO, *Ignacio de Loyola: contemplación y misión*: Studia Missionalia 60 (2011) 15-46; E. GIORA, *Intelligenza e sentire nell'opera di Ignazio di Loyola*: Rivista di Ascetica e Mistica 35, n° 2 (2010) 445-490; P.-H. KOLVENBACH, *Imágenes e imaginación en los Ejercicios Espirituales*: CIS 54 (1987) 11-30; J. M. LERA, *Conocimiento interno del Señor. Perfiles cristológicos de la experiencia religiosa de Ignacio de Loyola*: Estudios Eclesiásticos 60 (1985) 97-114; F. MARTY, *Toucher et goûter 'Sens spirituels' et affectivité*: Christus 151 (1991) 322-331; F. MC LEOD, *Uso de la imaginación en los Ejercicios Ignacianos*: CIS 54 (1987) 31-93; C. PALACIO, [...] *'Ansí nuevamente encarnado' (A propósito del 'conocimiento interno del Señor')*: Manresa 71 (1999) 31-44; K. RAHNER, *La lógica del conocimiento existencial en San Ignacio de Loyola*: Lo dinámico en la Iglesia, Herder, Barcelona 1968; J. ROIG GIRONELLA, *El Conocimiento interno y el sentimiento interno en los E. E.*: Miscelánea Comillas 26 (1956) 113-130; A. SPADARO, *Non è il molto sapere che sazia e soddisfa. Il modello pedagogico ignaziano*: La Civiltà Cattolica 184/I (2007) 338-351.

El conocimiento interno es el gran facilitador para que el cristiano pueda vivir su fe con madurez y plenitud. Produce un cambio en su sensibilidad y alcanza un grado de identificación positiva con Cristo tan alto, que la cristificación producida puede hacer cambiar la mirada que el ejercitante tenga de la realidad y de las cosas creadas. Tanto es así, que, al final del proceso realizado, nos posibilita una forma de ver las cosas contemplativamente: vemos el mundo desde lo alto, desde lo divino y, por lo tanto, alcanzamos una mística de lo cotidiano que nos permite encontrar a Dios en todas las cosas. La realidad transparentará la Presencia divina y el sujeto podrá vivir unido a esta Presencia.

La mística del conocimiento interno puede llegar a ser una perspectiva válida y pertinente como para releer los *Ejercicios Espirituales*. Sustentar los discernimientos y las elecciones con este soporte, nos permitirá enraizarlos en lo más profundo del misterio de Dios que habita en lo más interno de nosotros mismos y en nuestra realidad circundante.

Pero lo que nos interesa destacar ahora, es cómo los tres momentos donde aparece mencionado y explicitado el conocimiento interno dentro de los *Ejercicios* [63, 104 y 233], se corresponden con las tres vías de la tradición espiritual. El objetivo de nuestro estudio será entonces ver cómo el proceso marcado por el tríptico del conocimiento interno ofrece una correspondencia bastante lógica con la formalización de tipo viario de la espiritualidad clásica. De alguna manera, mostraremos que el interno conocimiento del propio pecado [63] puede corresponder con la vía purgativa, el conocimiento interno del Señor [104] correspondería con la vía iluminativa, y el conocimiento interno de los bienes recibidos [233] con la vía unitiva.

Sabemos que, más allá de estos tres momentos en que el conocimiento interno viene explicitado en el libro de los *Ejercicios*, presenta una dinámica procesual dentro del mismo. La dinámica del conocimiento interno sugiere todo un recorrido, que si bien no es lineal, lo convierte a sí mismo en un itinerario espiritual y pedagógico en el que el ejercitante debe transitar con cuidado y atención. Esa transversal en forma de espiral, que el conocimiento interno recorre en los *Ejercicios*, nos estaría hablando de un crecimiento en fases bastante bien delimitadas y complementarias entre sí.

### 3. CONOCIMIENTO INTERNO DEL PECADO: VÍA PURGATIVA

El «interno conocimiento de mis pecados» [63], primer momento del tríptico del conocimiento interno ignaciano, será el que corresponda con la primera vía de la espiritualidad clásica. Esta gran petición de la primera semana revela claramente la dimensión purgativa que tienen los *Ejercicios* y su imprescindible paso por la purificación<sup>21</sup>.

El primer objeto del conocimiento interno que los *Ejercicios* nos presentan es la persona misma [63], sobre todo aquellas dinámicas y operaciones internas que tienden a desordenarla y esclavizarla. Se las quiere conocer internamente, es decir, no solo por medio de la lucidez y el entendimiento, sino también implicando el afecto y la sensibilidad de quien las padece, reconociendo sus raíces, sus mecanismos y procesos internos. El ejercitante será invitado a sentir ese conocimiento, de tal manera que pueda aborrecer ese mal y desde allí enmendarse y ordenarse<sup>22</sup>.

Si bien identificamos fácilmente el proceso de purificación del ejercitante con la primera semana de *Ejercicios*, ésta no termina en la primera semana, ya que en la segunda se vuelven a revisar los afectos. El ejercicio de Tres binarios será el que insista nuevamente en los apegos desordenados que se deberían ordenar. Por otro lado, la tercera semana también tiene cierto clima purificador, no tanto del pecado, pero sí de los miedos y las resistencias que el ejercitante experimenta en el seguimiento del Señor.

La vía purgativa en los *Ejercicios Espirituales* tendrá un tono particular, enmarcado siempre por la elección y la acción, punto distintivo de

---

<sup>21</sup> El *Directorio Oficial* hace corresponder la primera semana de *Ejercicios* con la vía purgativa: «Mas con esto se indica que la primera semana responde con cierta proporción a la vía purgativa; porque no se trata en ella de otra cosa, sino de que se recuerden y ponderen los pecados pasados, y se conciba de ellos el máximo dolor y contrición, y temor de la pena eterna; de donde venga el alma a apartarse del amor de toda cosa terrena y se fundamente en el odio y detestación del pecado. Todo lo cual corresponde a la purificación del alma». D 33.34.43, 273.

<sup>22</sup> Cf. H. ALPHONSO, *Transformar la vida en profundidad a través de los Ejercicios ignacianos, Una idea radical de la Reforma de Vida*: CIS 36 (2005) 88-106; H. BOJORGE, «Desorden de mis operaciones» [EE. 63] y «Primer modo de orar» [EE. 238-248]: Manresa 68 (1996) 249-259; A. CHÉRCOLES, *Conocimiento interno del desorden... y del amor*: AA.VV., Maestros de la sospecha, críticos de la fe, Cristianisme i Justícia, Barcelona 2007, 83-104.

la Espiritualidad Ignaciana. La purificación es entendida también para la misión, para lograr mayor disponibilidad a la hora de la entrega y la donación. No se busca un estado ideal de pureza, sino más bien un estado que posibilite mejor la libertad del ejercitante. Que la persona quite obstáculos e impedimentos que no le dejen disponerse a la voluntad de Dios, que se libere de aquellos apegos que no le permiten discurrir en su obrar y que la vuelven esclava y dependiente de sus propios afectos e intereses, y no libre e indiferente para elegir la voluntad divina.

La vía purgativa en la espiritualidad de Ignacio no está pensada en función de alcanzar un elevado y perfecto estado interior, sino, más bien, será propuesta como el mejor estado interior para poder elegir libremente lo que la realidad concreta vaya ofreciendo para el seguimiento cristiano. Su mirada está puesta en la historia y el mundo, allí donde tendremos que unirnos a la voluntad de Dios. No nos aleja de este mundo, sino que nos introduce en él, renunciando, sí, a sus dinámicas perversas, pero siempre inmersos en él.

La primera semana de ejercicios propone a quien los hace que pida a Dios poder sentir interno conocimiento del pecado, que sienta el desorden de sus operaciones y conozca el mundo, para que, aborreciendo, se enmiende, ordene y aparte las cosas mundanas y vanas [63]. El «para que» nos muestra su finalidad, que es reformar la vida a partir del conocimiento interno de uno mismo. La vía purgativa quiere alcanzar cierta eficacia operativa, porque solo así es como el amor se puede poner en las obras y no queda encerrado en las palabras.

La fuerza operativa de esta petición subraya la finalidad práctica del conocimiento. No alcanza con la purificación en sí misma, sino que es para algo más. La purificación personal, en la espiritualidad ignaciana, quiere alcanzar cometidos concretos, apunta al buen manejo de la realidad, busca libertad interior en la dinámica del mundo. Se busca una purificación comprometida, que disponga al ejercitante a una mejor acción. Es una desafección o desposesión interior para hallar luego una mejor adhesión, en libertad, a la voluntad de Dios.

#### 4. CONOCIMIENTO INTERNO DEL SEÑOR: VÍA ILUMINATIVA

En los Ejercicios encontramos un gran momento de configuración cristológica, la segunda semana, pero también incluimos la tercera y

la cuarta. Éstos serán los momentos donde el ejercitante se dejará iluminar por el modelo humano-divino de la figura de Cristo. La persona de Jesucristo se reflejará, al modo de rayos de luz, sobre la persona del ejercitante, la vida del Señor se proyectará en la persona, y poco a poco, la irá iluminando, transformando y, por lo tanto, cristificando<sup>23</sup>.

La gran herramienta espiritual propuesta para la vía iluminativa es «demandar conocimiento interno del Señor; que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga» [104]. Este conocimiento imaginativo, presencial, participativo, intuitivo, afectivo y sensitivo será el que facilite de manera muy especial el acceso al Señor. El involucramiento de todas las capacidades y operaciones del ejercitante a la hora de conocer al Señor; le permite un acercamiento realmente comprometedor y una adhesión a él de forma muy profunda.

De tanto mirar al Señor por medio de las contemplaciones, la persona se va dejando iluminar por él, y finalmente termina pareciéndose (identificándose) a ese a quien tanto mira. La repetición ignaciana<sup>24</sup>, con

---

<sup>23</sup> El *Directorio Oficial* hace corresponder la segunda y la tercera semana con la vía iluminativa, en cambio, a la cuarta semana la corresponde con la vía unitiva. «De modo semejante, en la segunda y tercera semana, considerando el ejemplo del Señor Salvador, tanto en vida como en la Pasión y todas las virtudes que brillaron en Él como en un ideal, aprendemos también nosotros en qué consiste la salvación y perfección del hombre, y cuál sea la vía para conseguir la eterna bienaventuranza. Y además, una vez purificada el alma, se hace apta y hábil para recibir las divinas ilustraciones y la penetración e influjo de aquella luz interior; y al mismo tiempo se engendra en el alma un vigor que arroja toda concupiscencia y la enfervoriza para padecer la pobreza, el desprecio y toda clase de asperezas y sacude toda negligencia y dispone a la ejecución de buenas obras con vigilancia y fortaleza». D 33.34.43, 274.

<sup>24</sup> Ignacio busca que el ejercitante penetre gradualmente en las verdades sobrenaturales, lo que se realiza sobre todo a base de las repeticiones. Su objetivo es que el que hace los Ejercicios pueda ir «notando y haciendo pausa en los puntos que he sentido mayor consolación o desolación o mayor sentimiento espiritual» [62]. Las repeticiones son un volver sobre lo ya orado, sobre todo, volver a los sentimientos que ya se han experimentado en las meditaciones o en las contemplaciones realizadas. Buscan que se vayan «notando siempre algunas partes más principales, donde haya sentido la persona algún conocimiento, consolación o desolación» [118], o dicho de otro modo, «notando y haciendo pausa en las tres partes más principales, y donde haya sentido mayores mociones y gustos espirituales» [227]. La repetición implica, por lo tanto, hacer una pausa ahí donde se ha encontrado gusto, volver ahí donde se ha sentido mejor la presencia de Dios. Supone notarlo, detectarlo, valorarlo, para luego poder conocer y asumir mejor esa presencia misteriosa de Dios que llena afectivamente nuestro ser. Cf. F. MARTY, *La répétition: Christus* 9, n° 35 (1962)

su detenimiento y profundidad, ayudarán notoriamente a este proceso. Pero, probablemente, sea el reflectir ignaciano<sup>25</sup> la operación que mejor nos muestre la iluminación del ejercitante. Con el reflectir, la persona de Cristo se reflejará en el alma de quien lo contemple. De forma muy pasiva y con mucha receptividad, el ejercitante absorbe esos rayos de luz y se va iluminando poco a poco<sup>26</sup>. A su vez, al finalizar cada jornada de oración, con el ejercicio de aplicación de sentidos<sup>27</sup>, la persona se

---

355-373. A. GUILLÉN, *La repetición y el resumen*: Manresa 81 (2009) 167-173; C. GARCÍA HIRSCHFELD, *Espiritualidad de la pausa. La repetición en el texto de los Ejercicios*: Manresa 74 (2002) 153-166.

<sup>25</sup> El «reflectir» de los *Ejercicios* posibilita un conocimiento del Señor por participación, es como dejar que lo contemplado de la vida de Cristo se refleje en nuestra interioridad. Así participamos de su verdad, así nos contagiamos de lo contemplado. Apunta tal vez a una empatía, a un sentir con el Otro que se contempla, configurarse con quien se tiene en frente; en nuestro caso, sería adoptar la misma figura de Jesús, sentir lo que él siente, vivir como él vive. Es, por lo tanto, un conocimiento muy pasivo, que implica dejarse penetrar, dejarse reflejar. Dejarse hacer por el Espíritu de Dios. No exige un movimiento racional dominante ni especulativo, sino que implica la exposición de uno mismo, pasivamente, para que lo contemplado pueda reflejarse y entrar en nosotros. Sin forzar nada, sin violentar, sin dominar. Cf. A. CHÉRCOLES: *Reflectir*: Diccionario de Espiritualidad Ignaciana II, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander (2007) 1544-1546.

<sup>26</sup> «L'illumination», qui se produit dans le prière et qui nous mène à la connaissance de Dieu, est d'abord une lumière qui nous envahit pour nous rendre transparents à Dieu et préparer la vision finale où «nous lui serons semblables» (1Jn 3,2). En attendant cette transformation définitive, la voie de la connaissance divine, dans la contemplation, est le retour en nous-mêmes, pour reconnaître, dans notre cœur où Dieu se reflète comme en son image, le mystère de la vie divine. Le fruit spirituel qui es lié à la contemplation n'est rien de moins que notre assimilation qui Christ qui renouvelle en nous le Mystère unique de sa vie, de sa mort et de sa résurrection: "Ce n'est plus moi qui vis, c'est le Christ qui vit en moi" (Gal 2, 20)». F. COUREL, *La connaissance intérieure du Seigneur*: Christus 7 (1960) 375.

<sup>27</sup> Esta propuesta ignaciana se repite numerosamente en las tres últimas semanas de los *Ejercicios* y es probablemente uno de los ejercicios más elevados, en lo que a la imaginación se refiere. A su vez, pretende llegar a una interioridad muy profunda, tanto en el sujeto como en el objeto de conocimiento, algo que lo hace sumamente significativo dentro del proceso del conocimiento interno. En la aplicación de los sentidos de la imaginación, la persona que quiere acercarse y conocer profundamente al Señor deberá desplegar con la imaginación sus sentidos interiores, y sin lugar a duda, profundizará y enriquecerá la contemplación, ya que le permite al ejercitante conocer desde adentro, desde su vivencia profunda y desde su propia sensibilidad. C.f. M. LAVRA, «Traer los cinco sentidos...» (121): Manresa 71 (1999) 167-170; E. LEPELERS, *L'application des sens*: Christus 27 (1980) 83-94.

dejará impregnar por la luz divina recientemente contemplada, y de esta manera, de forma casi imperceptible, su alma se va configurando con él.

Nuevamente encontramos la perspectiva encarnatoria con la que Ignacio pretende llegar al final de su recorrido espiritual. Su proceso espiritual siempre tiende hacia abajo, hacia el mundo, hacia la realidad concreta del propio ejercitante. Ignacio sugiere que en la segunda, tercera y cuarta semanas se pida «conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga» [104], es decir, que el objetivo final del proceso del conocimiento de Cristo sea el amor y el seguimiento. La fase iluminativa no es para que el ejercitante quede brillante y resplandeciente, sino para que pueda luego, en su propia vida y en el mundo, irradiar dicha luz a los demás, que sepa amar a los hermanos como Dios lo ha amado a él. La dimensión operativa de este conocimiento interno del Señor es patente, hacia allí apunta, hacia la acción, hacia el seguimiento concreto. Esta característica que apreciamos ahora en la vía iluminativa, y que ya viene gestándose, como lo observamos anteriormente, desde la vía purgativa, terminará fecundando plenamente en la vía unitiva.

##### 5. CONOCIMIENTO INTERNO DE TANTO BIEN RECIBIDO: VÍA UNITIVA

El último ejercicio planteado por Ignacio, llamado «Contemplación para alcanzar amor», será, para nosotros, el que dé cuerpo y visibilidad a la vía unitiva. No es que ésta comience con dicha contemplación, porque será la elección la que marque su inicio<sup>28</sup>, pero sí le dará explicitación clara y proyección. Al ser la elección la que dé comienzo a la vía unitiva, su génesis está en la segunda semana, pero es al final de los Ejercicios, en esta última contemplación, cuando el ejercitante tendrá que mirar el mundo y toda su realidad concreta, allí mismo es donde se plasmará la vida unitiva. Es en su retorno al mundo, en su vuelta a la vida concreta,

---

<sup>28</sup> Cf. L. M.<sup>a</sup> GARCIA DOMÍNGUEZ, *Elección y unión con Dios en el texto de los Ejercicios*: Manresa 83 (2011) 109-122; J. MELLONI, *La elección, el nombre ignaciano de la unión*: Manresa 83 (2011) 123-133.



cuando el ejercitante, con su amor y servicio, se descubrirá participando realmente de la voluntad divina<sup>29</sup>.

Las dos advertencias hechas por Ignacio en la Contemplación para alcanzar amor<sup>30</sup> nos ayudan a afirmar que ahora sí la persona comenzará a poner de manifiesto su unión con Dios. El deseo de alcanzar amor toma realmente cuerpo, sobre todo, a través de la doble advertencia que Ignacio nos presenta: una sobre la comunicación o el mutuo intercambio, y otra sobre las palabras y las obras. «Conviene advertir en dos cosas: La primera es que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras. La 2ª, el amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario, el amado al amante; de manera que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riquezas, y así el otro al otro» [230-231].

La primera fuerza unitiva de esta contemplación está marcada por la primera advertencia sobre la unión entre las palabras y las obras. A estas alturas del proceso de los Ejercicios, la Palabra ya se ha encarnado en la vida del ejercitante. La ejecución de las obras estaría mostrando que

---

<sup>29</sup> Vale la pena recordar que el *Directorio Oficial*, si bien sostenía que toda la cuarta semana correspondía a la vía unitiva, consideraba también que la Contemplación para alcanzar amor lograba unir el alma con Dios: «...por la meditación para excitar en nosotros el amor, la cual es múltiple y comprende varios puntos y materias, se logra que el alma se una a Dios por el amor que se concibe, meditando la bondad de Dios y sus beneficios, y cuánto hizo y padeció por nuestra causa; y también por medio del deseo de la gloria celestial, por la consideración de la presencia de Dios en todo y en todas partes, gozándose de sus perfecciones y anhelando agradarle a Él sólo, y esto por solo Él mismo, bien alabándole, bien magnificándole, bien admirando su alteza y de otras maneras semejantes que, como antes dijimos, responden a la vía unitiva» D 33.34.43, 275. Así también lo expresaba el directorio del P. Cordeses: «El Ejercicio del amor pertenece a la vida unitiva; porque aunque nos unimos a Dios por la fe según aquello: «Te desposaré conmigo por la fe», y por la esperanza; próximamente nos unimos con Dios por el amor y caridad, pues por ella lo abrazamos en el corazón, y lo poseemos y nos transformamos en Él según aquello de S. Juan: «Dios es caridad, y quien permanece en la caridad permanece en Dios y Dios en él»; aunque es menester aspirar a la perfecta unión por la perfecta caridad que es ardiente y violenta». D 32, 153.

<sup>30</sup> Cf. J. M. Díez-Alegría, *La 'Contemplación para alcanzar amor' en la dinámica espiritual de los Ejercicios de San Ignacio*: Manresa 23 (1951) 171-193; D. Desouches, *Audé du Christ. La contemplation pour obtenir l'amour*: Christus 27 (1980) 458-471; J. A. Estrada, *Conocimiento interno del mundo para que más le ame y le sirva*: Manresa 71 (1999) 63-80.

Dios está en él y él en Dios. «Si no realizo las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las realizo, aunque a mí no me creáis, creed en esas obras, para que sepáis que el Padre está en mí y yo en el Padre» (Jn 10,37-38). El ejercitante se ha impregnado del amor de Dios, por lo tanto, puede expresar ese amor al mundo a través de las obras. La operatividad, como ya bien sabemos, es una manifestación clara de la unión transformante realizada previamente durante los Ejercicios.

«El ejercitante se ha ido impregnando de Cristo Jesús, en el cual no hay disociación entre Palabra y Obra. Él es la Palabra encarnada –obra– del Amor de Dios por nosotros. Las palabras de la oración están llamadas a cristificarse, es decir, a convertirse en obra de encarnación y de co-redención»<sup>31</sup>. Si no ha habido un estrecho vínculo amoroso entre Dios y el ejercitante, sus obras no podrán expresarse, serán solo formas externas impuestas y de poco alcance. El sujeto espiritual, para que pueda llegar a encarnar ese amor y expresarlo en el mundo a través de las obras, tiene que haber pasado necesariamente por un proceso unitivo. Al final de los Ejercicios, de cara a ese retorno al mundo en el cual se proyecta, este proceso unitivo comienza a expresarse y a manifestarse.

La segunda fuerza unitiva de la Contemplación para alcanzar amor la encontramos en la segunda advertencia, donde Ignacio nos explica que las obras amorosas que el ejercitante pueda realizar se deben al previo intercambio de amor entre el amado y el amante. «Al final del recorrido de los Ejercicios, Ignacio utiliza el lenguaje nupcial. Estamos en el universo de la vía unitiva... Al término del recorrido, al ejercitante le es entregado todo aquello de lo que se había desprendido: ciencia, honores, riquezas [231]»<sup>32</sup>. Los intercambios entre el amado y el amante nos sugieren esa unidad profunda que se ha realizado entre ambos. Esa misma unidad con el amante, producto del conocimiento interno, será la que se pondrá en juego en la vida del ejercitante al salir de los Ejercicios. En su retorno al mundo, éste se comunicará y se integrará con esa entera realidad que lo circunde, «en todo amar y servir», poniendo de manifiesto la unión con Dios progresivamente encontrada y ahora proyectada a la vida concreta, a través de la misión que este mismo Dios le ha dado y comunicado.

---

<sup>31</sup> J. MELLONI, *La Mistagogía...*, o.c., 254.

<sup>32</sup> *Ibid.*, 255.

Otra característica unitiva de la Contemplación para alcanzar amor queda expresada en esa estrecha relación de reciprocidad entre Dios y el ejercitante que nos muestra. El último ejercicio nos invita a percibir la propia existencia como algo recibido, y por lo tanto, se la quiere vivir como algo ofrecido, «vos me lo disteis, a vos Señor lo torno». Los cuatro puntos de dicha contemplación nos ubican en una relación de dependencia con el Creador, en total unión y sintonía con su obra<sup>33</sup>. «La vida unitiva anunciada al final de los Ejercicios consiste en el ofrecimiento permanente de uno mismo, como respuesta al ofrecerse permanentemente de Dios en su Creación»<sup>34</sup>. Encontramos así una reciprocidad plena, una unión que se irá reavivando constantemente con la mutua entrega y con el ofrecimiento de ambos, el de Dios y el de la persona.

La donación de sí del primer punto, orientada y realizada con la elección, pondrá de manifiesto el amor unitivo y recíproco que el ejercitante tiene para con Dios. «Ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios por mí, y cuánto me ha dado de lo que tiene [...] lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar a la su divina Majestad» [234].

El segundo punto sugiere «mirar cómo Dios habita en las criaturas [...] asimismo haciendo templo en mí...» [235]. El Dios trascendente adquiere aquí características inmanentes, se involucra con la creación, se une a ella habitándola, sosteniéndola, etc. La inhabitación de Dios en el hombre marca esta unión profunda de ambos.

El tercer punto insistirá aún más en la dimensión unitiva invitándonos a «considerar cómo Dios trabaja y labora por mí, en todas las cosas criadas sobre la haz de la tierra...» [236]. Ignacio muestra a un Dios implicado en su creación, involucrado constantemente con su propia obra. Dios trabaja para el hombre, es su fuente creadora, su motor, su fuerza.

El cuarto punto invita al ejercitante a «mirar cómo todos los bienes vienen de arriba [...] así como del sol descienden los rayos, de las fuentes las aguas» [237]. Se sugiere entonces, no sólo encontrar a Dios en todas

---

<sup>33</sup> Javier Melloni sostiene que «el segundo, tercer y cuarto puntos corresponden a los ejercicios de la vía unitiva de la mistagogía cisneriana (Cf. *Ejercitatorio*, cap. 27 y Cb, n. 205-251). En ella, la vía unitiva era 'aquella por la cual el hombre dado a la oración y a la contemplación, estando ya purgado por la vía purgativa y alumbrado por la vía iluminativa, es unido por caridad con su Criador, alegrándose de sus perfecciones y deseando aplacer a sólo Él pronta y alegremente' (Cb, 198)». J. MELLONI, *La Mistagogía...*, o.c., 260. La sigla «Cb» significa *Compendio Breve*, que al igual que el *Ejercitatorio* es una obra de García Jiménez de Cisneros osb.

<sup>34</sup> *Ibid.*, 258.

las cosas, sino también todas las criaturas en Dios. La realidad circundante, la naturaleza y el mundo serán lugares para unirse con Dios. Dios está en todas las cosas, la vida entera está tocada por su presencia.

A este mundo lleno de la presencia divina, es al que el ejercitante retornará luego de su experiencia de Ejercicios. Es un mundo que transparente a Dios y por lo tanto se podrá amar y servir en todo. A este mundo el ejercitante se dirige con su elección, allí será donde desarrollará su misión. Una misión por tanto unificada y unificadora. La realización de la misión encomendada nos hace unirnos al mismo Dios que la encomienda, a su propia voluntad, y también, el participar de su misión, va unificando e integrando toda la persona en ese camino específico con el cual se entrega.

Las vías purgativa e iluminativa han ido posibilitando que se produzca la unión de voluntades entre Dios y la persona del ejercitante. Se va gestando la comunión de voluntades entre quien contempla y Cristo, que madura progresivamente en su interior. La persona que viene haciendo Ejercicios ha quedado afectada internamente gracias a esa relación tan íntima y personal del conocimiento interno del Señor; la contemplación ignaciana ha sido la que ha facilitado la vía iluminativa<sup>35</sup>. Sin olvidar, claro está, la vía purgativa, en la que el ejercitante ha quitado impedimentos

---

<sup>35</sup> Debemos tener presente que en las contemplaciones ignacianas de segunda, tercera y cuarta semana ya se podían encontrar algunos elementos unitivos, donde la persona ya lograba participar connatural y vivencialmente de la presencia divina; la aplicación de sentidos es un claro ejemplo de eso que la espiritualidad clásica de las tres vías ha concebido como vía unitiva. Así nos lo explica Arzubialde: «Estos sentidos internos son tal vez lo más unitivo de la imaginación interna, de la sensibilidad y del afecto humano. Tienen carácter pasivo y receptivo, y ponen en contacto con lo ya gustado y sentido del misterio de Jesús de modo unitario por la comunión. Hacen revivir la reminiscencia de lo que ha quedado grabado en el ser del hombre y ha sido asimilado por el espíritu de éste de modo sensible. Por ello, ponen en contacto con lo que uno ya posee internamente, recibido como don pasivamente, de la persona de Jesús en la contemplación [...] es el conocimiento en el que se da una cierta evidencia del amor personal que Dios le tiene. La vivencia se unifica, se hace más interior y más densa, y el hombre, espíritu encarnado, experimenta sensiblemente la divinidad de Jesús por el conocimiento sensible de su humanidad. Gusta y siente la «infinita suavidad y dulzura de la divinidad» de su ánima (Ex 124). Recibe la inmediatez de la comunión y tiene en ella certeza de que Dios le ama y se le ha entregado. Es, en fin, un modo unitario superior de conocimiento interno de la otra persona, de interrelación y comunión incluso sensible». S. ARZUBIALDE, *Theologia Spiritualis...*, o.c., 214.

y destrabado afectos para un acceso más libre de la acción divina. La voluntad de Dios, ahora, pero siempre progresivamente, pasa a ser también la voluntad del ejercitante, y esa unión con Dios se expresa y se comunica por medio de la elección. Recordemos que para nosotros es la elección la que marcará el umbral de la vía unitiva<sup>36</sup>.

A partir de la confirmación de la elección se produce esa transición entre la acogida y la donación. Se recibe internamente la luz del Señor (vía iluminativa) y esta luz comienza a irradiarse externamente (vía unitiva). Esa luz retorna al mundo a través de la elección, esa luz se entrega a los demás a través de las opciones de vida que el ejercitante va discerniendo y eligiendo. Allí nos descubrimos unidos a esa fuente de luz mayor de la que provenimos. «...los bienes y dones descienden de arriba, así como la mi medida potencia de la suma y infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc., así como del sol descienden los rayos...» [237].

El conocimiento interno de tantos bienes recibidos [233], comienza a ser considerado en la Contemplación para alcanzar amor, y será la nueva dirección de la vía unitiva. Dicha contemplación será el ejercicio que mejor prepare al ejercitante para amar y servir en la realidad concreta. Contemplando cómo Dios crea y sostiene toda la realidad, contemplando todo el amor recibido a través de esa realidad, se descubrirá toda ella como lugar privilegiado para unirse con Dios, para amarlo y servirlo. Se conocen internamente los beneficios recibidos para que, enteramente reconociendo, se pueda en todo amar y servir a Dios [233].

El objeto de conocimiento de la Contemplación para alcanzar amor será el mundo, la realidad circundante, allí el ejercitante entregará y ofrecerá su vida, allí en todo ese mundo expresará la misión que Dios le ha encomendado. Ha habido una actitud de receptividad de la voluntad de Dios, que se ha venido gestando con la elección en la segunda semana y se ha purificado también en la tercera; ahora, en esta última Contemplación, encontramos una actitud de ofrecimiento de esa misma voluntad: «Tomad Señor y recibid, toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad [...] vos me lo distes, a vos, Señor, lo torno...». Se entrega en el mundo todo lo conocido y todo lo recibido. «Esta

---

<sup>36</sup> «Y aquí entramos en el punto más importante y delicado de nuestra interpretación de los Ejercicios: entender la elección como el umbral de la vida unitiva. En efecto, por medio de la elección, se ha dado una unión de voluntades entre el ejercitante y Dios». J. MELLONI, *La mistagogía...*, o.c., 231.

actitud de ofrenda y de receptividad a la voluntad de Dios es el modo ignaciano de la unión mística con Dios. Una unión que pasa por la tarea concreta de la historia, donde se va desvelando la vocación personal»<sup>37</sup>.

Lo propio de la mistagogía ignaciana es que en lugar de elevarse hacia el tercer estadio –la contemplación desnuda de la Divinidad–, se dirige a la contemplación del mundo, que, por la mirada despojada de sí misma, se ha tornado transparente y puede ahora empezar a percibir la creación como teofanía de Dios [...] Al igual que como Jesús dijo a sus discípulos que se les aparecería en Galilea, y fueron aprendiendo a descubrir su presencia resucitada en los diversos acontecimientos, del mismo modo, el ejercitante que está acabando la experiencia iniciática de los Ejercicios debe dirigir su mirada transfigurada sobre su Galilea. Se ejercitó en ello durante el tiempo de la elección<sup>38</sup>.

La configuración con Cristo de la segunda, tercera y cuarta semanas ha sido tan profunda, gracias al conocimiento interno, que el Espíritu del mismo Cristo ha penetrado y transformado el alma del ejercitante. El ejercitante se ha hecho un solo espíritu con Dios, se ha creado una unidad de espíritu. El Espíritu Santo lo impulsará ahora hacia el mundo, le permitirá operar según esa voluntad divina que ha venido internalizando<sup>39</sup>.

Como venimos observando, la vía unitiva comienza para nosotros con la elección, en la segunda semana, allí se ha iniciado la gestación de la unión de voluntades entre Dios y la persona, pero toma cuerpo, sobre todo, en la Contemplación para alcanzar amor, donde el ejercitante ya se prepara para poner en obras, dar y comunicar esa voluntad divina. La vida unitiva en sí misma se desarrollará plenamente recién en la vida misma del ejercitante, en el mundo, por lo tanto, es un movimiento que nunca reposa y de constante discernimiento y disponibilidad.

---

<sup>37</sup> J. MELLONI, *La Mistagogía...*, o.c., 207.

<sup>38</sup> *Ibid.*, 250-251.

<sup>39</sup> «Con la elección, el ejercitante está llamado a encarnar en él la voluntad de Dios. Y así como la encarnación del Hijo fue obra del Espíritu («El Espíritu Santo vendrá sobre ti y te cubrirá con su sombra; por ello el fruto que nacerá será santo y será llamado Hijo de Dios», Lc 1,35), la elección será, analógicamente, otra encarnación del Verbo en el mundo, como parece insinuar el mismo Ignacio: «para más seguir e imitar al Señor nuestro, así nuevamente encarnado» [109,2]. Y como nueva encarnación, es tiempo explícito de la acción del Espíritu». J. MELLONI, *La Mistagogía...*, o.c., 200.

La misión que desarrollamos en la vida real y concreta, será la que nos mantenga unidos a Dios, ya que esa misión fue encomendada por Él mismo durante los Ejercicios. Las obras de amor que surjan con esa misión nos hacen reconocernos unidos y conectados con la fuente primordial del Amor. Nos permiten descubrirnos co-creadores con Dios, co-laboradores de su misión. A su vez, las obras de amor también nos posibilitan seguir conociendo a Dios. Porque quien permanece en el amor conoce a Dios. «Y nosotros hemos llegado a conocer y hemos creído el amor que Dios tiene para nosotros. Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios permanece en él» (1Jn 4,16).

## 6. RECAPITULANDO

El tríptico inicial del conocimiento interno se corresponde con la formalización de tipo viario que la tradición espiritual ha descrito como acercamiento a Dios<sup>40</sup>. Claro está, con la particularidad de que la dinámica encarnatoria, tan notoria en la Espiritualidad Ignaciana, marca un estilo de unión con Dios encuadrado en el abajamiento al mundo y en la realización de una misión.

Los tres diferentes objetos del conocimiento propuestos por los *Ejercicios*: el pecado [63], el Señor [104] y los beneficios recibidos [233] nos ha permitido afirmar que el conocimiento interno ignaciano se dirige a uno mismo, a Dios y al mundo. El conocimiento de uno mismo supone un fuerte componente purgativo, ya que la primera semana de Ejercicios nos sitúa frente al conocimiento del pecado para así poder ordenarnos,

---

<sup>40</sup> P. DIVARKAR, *La senda del conocimiento interno*, Sal Terrae, Santander 1984, 34-35: «Es seguramente un hecho accidental, pero no por ello menos interesante, el que las tres fases (conocimiento interno de mis pecados [63], conocimiento interno del Señor [104] y conocimiento interno de tanto bien recibido [233]) correspondan a los tres estadios o aspectos de la vida espiritual que tradicionalmente se han denominado purificación, iluminación y unión». J. MELLONI, *La connaissance intérieure dans les Exercices*: Christus 189 (2001) 99: «Ces trois récurrences correspondent à trois grands stades du parcours des *Exercices* ([63, 104 y 233]), qui sont aussi les trois grandes étapes classiques de la vie spirituelle: la *voie purgative*, la *voie illuminative* et la *voie unitive*, dont Ignace fait une certaine mention dans la dixième annotation. Autrement dit, la première *connaissance intérieure* est centrée sur la connaissance du moi, la deuxième sur la connaissance de l'Autre et la troisième sur la connaissance du Tout là où le moi et le Toi de Dieu deviennent Un dans un don mutuel».

enmendarnos y purificarnos. El conocimiento del Señor, realizado en las tres semanas siguientes, nos coloca en la vía iluminativa, ya que acercándonos internamente a Él, en su encarnación, pasión, muerte y resurrección, nos vamos transformando en él. Por último, el conocimiento interno de todos los bienes recibidos en este mundo, al que nos abría la Contemplación para alcanzar amor, nos hace unirnos a su Creador, a la fuente de donde mana todo lo que recibimos. Nuestro servicio y donación a este mundo nos hace partícipes de su misma voluntad.

Los tres momentos del conocimiento interno pueden, en términos generales, ilustrar las tres vías o los tres caminos para acercarnos y acceder a Dios. Caminos progresivos y complementarios. Un primer momento activo-meditativo en el que el ejercitante se dispone para la conversión, liberando el acceso a la voluntad de Dios (vía purgativa), un segundo momento pasivo-contemplativo donde la persona se deja conformar y transformar por el Señor (vía iluminativa), y un tercer momento activo-unitivo en donde se comienza a poner en obra el fruto del encuentro personal con Dios, unificando de esta manera la acción y contemplación, integrando lo interior y lo exterior, así como también uniendo la elevación hacia Dios y el abajamiento de uno mismo en la entrega a este mundo.

## 7. CONSIDERACIONES SOBRE LAS FASES Y LA META DEL PROCESO

Dos elementos son dignos de nuestra atención, dos aclaraciones que tenemos que tener en cuenta y que seguirán enriqueciendo nuestra reflexión de las tres vías y el conocimiento interno ignaciano. Una sobre el recorrido de las etapas presentadas, sobre las fases que recorre este esquema viario; y otra sobre la meta a la que llega dicho camino, es decir, sobre la perfección cristiana a la que tiende el proceso espiritual.

No podemos decir que la unión con Dios sólo esté presente al final del recorrido de los Ejercicios, de otra manera la purificación y la iluminación serían un mero ejercicio humano. Tampoco podemos sostener que la vía purgativa termina con la primera semana, ya que en etapas más avanzadas el sujeto continuará quitando impedimentos al accionar de la gracia. De la misma manera podemos afirmar que la iluminación continúa presente luego de la unión en la acción. El pasaje por las tres



vías no es lineal ni perfectamente progresivo, tal vez podríamos hablar mejor de circularidad o de cierta simultaneidad, aplicable a todos los momentos de la vida, no solo a los Ejercicios. La triple división de las vías es un modo de acceso a Dios y una forma de relacionarnos con Él siempre posible y siempre presente en el hombre. «Pero hay que advertir finalmente, que estas tres partes no están de tal modo separadas una de otras, sino que de algún modo se entremezclan»<sup>41</sup>.

Dicha circularidad o simultaneidad queda expresada también en el *Directorio Oficial*:

Como en este Directorio, y al dar los Ejercicios, se hace mención de la vía purgativa, iluminativa y unitiva; y puesto que a éstas responden, por su orden, estas cuatro semanas, ha parecido añadir algo, para mayor conocimiento de esta materia. Porque no se ha de tomar esto de forma que se crea que uno por haber hecho la primera semana ya se ha purificado perfecta y plenamente; y por haber hecho la segunda y tercera, ya está perfectamente iluminado; y, finalmente, por haber hecho la cuarta, ha llegado ya a la plena unión con Dios. Porque todo esto necesita largo tiempo, aplicación y ejercicio en extirpar los vicios, en domar las pasiones y en adquirir las virtudes<sup>42</sup>.

Si tenemos en cuenta dicha circularidad estaremos prevenidos de tropezarnos con una concepción de crecimiento espiritual demasiado genérica, rígida, formalista y vacía de otros contenidos. La lógica y la linealidad no terminan adaptándose a las cuestiones humanas; por lo tanto, tenemos que tener presente en todo proceso interior y espiritual los factores históricos, sociales, biológicos y psicológicos que también entran en juego. «Los *Ejercicios* no responden a un esquema lineal fijo de crecimiento espiritual. Todo fixismo en la materia es ignorar la realidad»<sup>43</sup>.

Sabemos que el alma humana no tiene por qué encontrarse enteramente inmersa en una etapa del camino espiritual. Ocurre, por ejemplo,

<sup>41</sup> Así lo expresaba uno de los directorios llamado: *Breve instrucción sobre el modo de dar Ejercicios* atribuida a E. Mercurian. D 18, 18.

<sup>42</sup> D 33.34.43, 272.

<sup>43</sup> F.J. RUIZ PÉREZ, *Teología del camino. Una aproximación antropológica-teológica a Ignacio de Loyola*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2000, 84. Para este autor «las vías no son estadios definitivos, pero sí son estadios ordenados: la no realización de una etapa disturbará notablemente la consecuencia de la siguiente. Es sólo la medida del aprovechamiento la que marcará el ritmo». *Ibid.*, 85.

que una determinada dimensión de la persona se encuentre aún en un estado purgativo cuando otra dimensión ya está iluminada. Es muy difícil o casi imposible determinar en qué etapa precisa se encuentra realmente un sujeto. No podemos esperar un desarrollo perfecto y compacto, ya que dicha persona puede estar pasando por momentos diferentes según sus diferentes dimensiones.

El riesgo de concebir una espiritualidad desconectada de estas complejidades humanas ha estado siempre presente; por lo tanto, no podemos perder de vista una mirada integradora, honda y amplia de la misma. Sería realmente pobre y penoso terminar formalizando e intelectualizando el proceso espiritual de los Ejercicios, sería deshonesto con la propia realidad humana y también con la dinámica propia del Espíritu que es quién conduce realmente este camino. El verdadero autor es el Espíritu; por lo tanto, los Ejercicios no pueden permitir un mecanismo formal y forzado por su propia lógica interna.

La identidad cristiana, en su proceso, es mucho más que una valoración puramente intelectual, está arraigada en otras realidades y en otras exigencias. Ignacio nos recuerda que es necesario tener en cuenta la singularidad de quien hace los Ejercicios, «según la disposición de las personas que quieren tomar ejercicios espirituales, es a saber, según la edad, letras o ingenio, se han de aplicar los tales ejercicios...» [18]. Volvemos así al planteo encarnacionista del que hicimos mención anteriormente. Las situaciones y momentos de toda maduración espiritual no pueden estar ajenos y desconectados de la realidad y del mundo del propio sujeto<sup>44</sup>.

Dicho planteamiento nos permite concluir diciendo que el esquema de las tres vías a la luz del tríptico del conocimiento interno es una forma particular de poner estructura y método a la experiencia espiritual, pero la flexibilización en su aplicación es parte inherente de la misma metodología. No podemos renunciar a la flexibilización y acomodación del esquema. Por esto se hace imprescindible conocer profundamente el sentido del método ignaciano para no ser rígidos en su aplicación.

---

<sup>44</sup> «Un proceso del cristiano es necesariamente un proceso encarnado. Es impensable el proceso de la vida y de la persona cristiana de forma esencialista y ahistórica si vive del misterio de la Encarnación [...] incluye la aceptación de su condición de hombre en su mundo». S. GAMARRA, *Teología espiritual*, BAC, Madrid 2000, 257.

Esa transversal del conocimiento interno que recorre todo el proceso de los Ejercicios Espirituales, nos ha mostrado una vertiente interesante como para poder releer o reinterpretar la dinámica de los Ejercicios. Es un filón que podemos seguir a la hora de concebir todo proceso espiritual. Nos aporta algunos elementos, que si bien no son nuevos, ya que pertenecen a la más clásica tradición espiritual, son pertinentes y oportunos a la hora de pensar al sujeto espiritual actual. Pero tenemos que tener claro que ese recorrido en fases es circular, sus etapas se superponen algunas veces y dura toda la vida.

La segunda consideración que debemos tener presente es la concepción de perfección a la que la vía unitiva pretende llegar. Hemos dicho que la tradición espiritual, en su esquema viario, ha descrito la vía unitiva como aquella que viven los perfectos. Tenemos que tener presente ahora cómo es entendida la perfección cristiana en los Ejercicios Espirituales<sup>45</sup>.

La tradición espiritual ha sostenido siempre que el último fin del hombre es la contemplación de Dios o la unión contemplativa de Dios. Esta ha sido, probablemente, la presentación más tradicional que nos ha ofrecido la Teología Espiritual, pero tenemos que tener cuidado en no interpretarla como la perfección del hombre sino fundamentarla en los datos evangélicos y en la revelación<sup>46</sup>. Porque si fuera una mera perfección humana, dicha postura no sería precisamente la que encontramos en los *Ejercicios Espirituales*.

No podemos concebir la perfección cristiana como el mero desarrollo de las facultades humanas, en su capacidad de superación y en el cumplimiento de sus actividades y obras. Podríamos terminar identificando la perfección con el cumplimiento de la Ley, y por lo tanto, caeríamos en un voluntarismo que prescinde de la gracia y encierra al hombre en sí mismo. El estudio del conocimiento interno ignaciano nos ha permitido sostener que lejos está de su pretensión alcanzar una postura normativa

---

<sup>45</sup> L. González comenta que los Ejercicios son, en realidad, «un manual de «perfección evangélica» que es el calificativo de la perfección, que Ignacio prefiere en los Ejercicios (EE. 15, 135, 357). No se trata, como era de suponer, de un manual teórico, ni bíblico, ni teológico. Sino de un manual práctico y experiencial para explorar el camino de la perfección: porque la tarea de conseguir la perfección exigirá toda la vida». L. GONZÁLEZ, *La perfección cristiana en S. Ignacio*: Manresa 58 (1986) 337.

<sup>46</sup> Cf. A. ARZUBIALDE, *Theologia Spiritualis...*, o.c., 65-82.

y moralizante que ponga como centro los esfuerzos y las capacidades del hombre<sup>47</sup>. Su centralidad está en pedir la gracia de aborrecer internamente el pecado y sentir y gustar internamente la presencia del Señor; de ahí surgirán las buenas obras.

La perfección viene dada al hombre por Dios. La iluminación, que el conocimiento interno del Señor produce en el ejercitante, nos muestra que es a través de cierto contagio y asimilación de esos rayos divinos como la persona se transforma en él.

La perfección o la madurez cristiana llega por la unificación espontánea con el estilo de ser de Jesús, con la reproducción en nuestra vida de sus sentimientos y actitudes, así es como finalmente nos adherimos o vinculamos a Dios. El punto de mira no es tanto el hombre sino Dios. El evangelio se encarna en el hombre, éste solo deberá mostrar ductilidad y docilidad, tendrá que acercarse con «grande ánimo y liberalidad» [5] para poder recibir y acoger su presencia.

El conocimiento interno ignaciano requerirá una actitud activa por parte del ejercitante, donde ponga en juego todas sus capacidades intelectivas, afectivas, imaginativas y operativas. Tendrá que considerar, purificar, ordenar, meditar, recordar, entender, sentir, gustar, etc. Pero también supondrá una actitud pasiva en la que tendrá que recibir, acoger, dejarse reflejar (reflejar), etc. Desde esta postura pasiva alcanzamos la perfección, dejándonos tocar por el Espíritu, sin caer en voluntarismos, ni protagonismos, ni perfeccionismos exagerados. La iniciativa la tiene la gracia y no el hacer del hombre. La unión con Dios afecta a un nivel mucho más hondo y profundo que el mero cumplimiento externo de buenas obras.

La perfección cristiana consiste en participar de Dios; y los Ejercicios, con las contemplaciones de la vida de Cristo durante la segunda, tercera y cuarta semanas, han posibilitado magníficamente el poder vivenciar su presencia, compartir sus sentimientos, adoptar sus criterios. El conocimiento participativo, personalizado y por lo tanto interno, al privilegiar los componentes afectivos y sensitivos de quien conoce, le permitirá desarrollar una identificación profunda con el Señor.

---

<sup>47</sup> Recordemos que el objetivo de la vía purgativa en la espiritualidad ignaciana no es la perfección misma, nunca cae en el puritanismo, sino que es alcanzar libertad interior; quitar impedimentos para que se pueda pasar a la vía iluminativa, abrir zonas oscuras para que entre la luz de Dios.

Pero la verdadera unión con Dios, que, como ya lo hemos dicho, está en la vida misma y en el retorno al mundo del ejercitante, puede manifestarse realmente cuando ese amor recibido por Dios es propagado a los hermanos y proyectado en las obras, que son frutos de ese mismo amor. Ahí se pone en juego la unión de voluntades, ahí se ve la perfección del cristiano, cuando comunica y entrega ese amor recibido, cuando se dona en el servicio, cuando se abandona a la voluntad de Dios. Ahí se muestra unido al Creador, participando de su misión, colaborando con su plan de salvación. De esa fuente original surgirá el amor, el servicio y el seguimiento cristiano; de la mística, del conocimiento más inmediato que se haya podido previamente experimentar del Señor.

La tradición espiritual identifica claramente la perfección cristiana con el cumplimiento de la voluntad divina. Llama perfección al modo de responder del hombre, y más perfecta es la respuesta, cuando la libertad del hombre esté disponible para asumir tal voluntad. Esta disponibilidad para Dios será la que San Ignacio vea como núcleo central en sus Ejercicios. Alcanzar libertad interior para amar y servir al mundo concreto, y allí unirse y participar de la misión de Dios, ese será el centro de su propuesta espiritual.

## 8. CONCLUSIÓN

Hemos trazado cierto paralelo entre las tres vías de la espiritualidad clásica y los tres grandes núcleos del conocimiento interno encontrados en los *Ejercicios Espirituales*. Hemos podido ver que ambos procesos se corresponden en sus fases: la vía purgativa correspondería con el conocimiento interno del pecado, la vía iluminativa con el conocimiento interno del Señor, y vía unitiva tiene su correspondencia con el conocimiento interno de los bienes recibidos de la Contemplación para alcanzar amor.

El acento encarnacionista tan propio de la Espiritualidad Ignaciana nos ha permitido observar cierta singularidad con respecto a la postura clásica, formalizando un esquema de tipo viario que tenga como meta el descendimiento al mundo y la inserción en la realidad a través de la elección. Alejándose, así, de aquel proceso individual e intelectual de huida, donde la vida concreta de la persona queda fuera de la integración espiritual, dada su pretensión de encontrar un estado ideal de perfecta elevación. La unión con Dios en los *Ejercicios* se encuentra en la

participación de su voluntad a través de un servicio concreto y entregado a la realidad concreta que nos toca vivir.

El proceso ignaciano del conocimiento interno enriquece también el planteamiento clásico de las tres vías dada su perspectiva activa y dinámica. Por un lado, mantiene la circularidad o simultaneidad de sus fases, no cayendo en el fixismo rígido ni en la linealidad de sus pasos. Por otro lado, no pretende alcanzar un perfecto, reposado y descansado recogimiento del espíritu humano como final del proceso, sino que busca constantemente, por medio del discernimiento, la voluntad de Dios.